

Gráfico
DE MARTÍNEZ DE LA TORRE

CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO DIEZ GARCÍA

alfonso@codigodiez.mx

Lo que va de ayer a hoy

Caminos de entonces, el chalán para llegar a Casitas

* Doce mil personas viven en pobreza extrema en Tlapacoyan

A mediados del siglo pasado había muy pocos lugares para salir los fines de semana en Tlapacoyan y en la región, pero no enfrentábamos tantos problemas como ahora. Las carreteras, en general angostas, no estaban llenas de baches; había mucho menos tráfico de vehículos y no era usual llegar a un lugar a buscar algo de comer y encontrarlo lleno de gente de tal manera que, como ahora, hay que hacer fila para solicitar los alimentos.

Claro está que el tiempo que nos tomaba llegar desde la Ciudad de México era mucho mayor, porque no había alternativas, pero sólo algunos tramos de la carretera desde la capital eran inseguros, como el que pasaba por Oriental. Veremos esta parte más adelante, pero ahora permítanme recordar los viajes a Casitas.

Martínez de la Torre no contaba con el libramiento actual, así que para ir a la costa había forzosamente que atravesar el centro de esta ciudad. San Rafael era casi un caserío, con pocos habitantes. Poco antes de llegar al entronque con la carretera que va hacia Veracruz, tomándola a la derecha, y a Poza Rica, hacia la izquierda, destacaba el anuncio del Cocal, el famoso rancho de Maximino Ávila Camacho.

El puente que conecta esta carretera con Casitas no existía, así que había que embarcarse en el "chalán"; entraba uno con todo y vehículo, como ahora hacen los llamados "Ferry boats" y salía del otro lado del río. Tras cruzar toda la que conocemos como Costa Esmeralda, que entonces no tenía ese nombre, al llegar a Tecolutla, había que embarcarse en otro "chalán" para seguir el camino hacia Poza Rica.

Pero regresemos a Casitas. Una de las primeras playas al llegar a este caserío era la del Capitán Michel, Los Laureles; ahí se metía el vehículo y se pagaba por éste. Nosotros nos llevábamos un camión de redilas, como hacía la mayoría y en consecuencia nos salía muy barato disfrutar de la playa de Michel. Generalmente llevábamos comida, sandwiches, huevos cocidos, refrescos. Todo era disfrutar del mar, de las olas en la orilla o nadando un poco adentro. Con apenas cuatro años de edad estuve en dos ocasiones a punto de morir. No sabía de las famosas pozas y tampoco nadar, así que sin darme cuenta cómo me sumí en una de éstas y la inmediata intervención de mi mamá, que me vigilaba por mi corta edad, me salvó. Por la tarde, el regreso. Eso era todo. Antes de cruzar en el chalán, tanto de ida como de vuelta, proliferaban los puestos de comida, que sabrosas eran las quesadillas de pescado, a 10 centavos cada una. Aprovechábamos las largas filas de vehículos que se hacían antes de entrar al chalán para comer algunos antojitos como estos. Al llegar, algunos llevábamos una caña de pescar improvisada, con anzuelos comprados en Tlapacoyan, o en Martínez de la Torre y cualquier vara para pescar algo en el río al cruzarlo. Y luego había que devolverlo.

Más adelante, sobre la carretera que va de Casitas a Tecolutla, estaba otra playa en la que se podía vacacionar, Playa Paraíso, de Juan de Alba, un individuo alto, delgado y canoso, muy amistoso, amigo de todos, que era el dueño del lugar: Una casita de madera ancha con vista al mar en cuyo interior había simplemente mesas para pedir algo de comer. Con el tiempo este sitio fue creciendo, la casita de madera se hizo de ladrillos y se hicieron otras construcciones, además de albercas, para convertirla en un bonito balneario. Pero al comenzar los cincuenta, la época a la que me estoy refiriendo, el lugar era diametralmente diferente. Comenzó a crecer, en realidad, cuando unos kilómetros adelante construyeron un bellissimo balneario que se llamaba el Palmar de Susana. Éste tenía una alberca muy bonita, en forma de trébol de cuatro hojas, con un a pequeña construcción redonda al centro. Tenía baños y bungalows, por si quería uno pasar la noche. Cruzando la carretera estaba el Hotel del Palmar, parte del mismo conjunto.

El Palmar acabó con el cuadro, desapareció Los Laureles, del Capitán Michel y todas las playas de este tipo que permitían la entrada de los bañistas; Playa Paraíso dejó de recibir provisionalmente la enorme cantidad de vacacionistas que llegaban a ésta, pero pronto De Alba "se puso las pilas" y transformó lo que antes era una simple casita de madera en balneario. Hoy, por toda esa carretera, hay muchos hoteles de diversos tipos y costos, lo mismo que restaurantes. Las autopistas, los vehículos veloces de la actualidad y la cercanía por mejores carreteras y medios de comunicación han mermado la aflicción a lo que, como decíamos antes, es conocido como Costa Esmeralda. Habría que pensar, como Juan de Alba, en alguna solución para atraer al gran turismo.

Los caminos del ayer

Pero volvamos a Tlapacoyan. Era, decíamos antes, largo el recorrido desde la Ciudad de México, y evidentemente no por la distancia, sino por las carreteras

y los vehículos poco veloces de entonces.

Saliendo de la capital había dos opciones: tomar la carretera federal a Puebla, que era el trayecto más largo o tomar por Texcoco. Yendo por esta vía seguían Calpulalpan, Apizaco, Huamantla, Libres, Zaragoza, Tlatlauqui y Teziutlán (no había camino directo entre Zaragoza y Teziutlán) y finalmente Tlapacoyan, a grandes rasgos.

Por Puebla, había que desviarse después de esta ciudad en Amozoc y pasar por El Carmen y Oriental. El camino, entre estas dos poblaciones, estaba lleno de vados y cabía la posibilidad, aunque hay que reconocer que a nosotros nunca nos sucedió, de encontrar un tronco obstruyendo el camino; al bajarse a removerlo se acercaban algunos sujetos que asaltaban al confiado viajero.

Otra opción era tomar por Acatzingo, para de ahí ir a San Salvador El Seco, Zacatepec, Alchichica, Perote, Altotonga, Jalacingo, Teziutlán y finalmente Tlapacoyan.

Al comenzar la década de los 1940s y con un vehículo modelo 1937, por ejemplo, había que hacer escala en Puebla y después en Teziutlán para llegar a Tlapacoyan. Recordemos que la carretera que viene de Zacatepec fue inaugurada por Manuel Ávila Camacho al comenzar 1946, así que antes de este año la actual de Teziutlán hacia nuestra región era en su mayor parte de terracería, un camino hecho por Manuel Zorrilla con alguna cooperación de ciertos hacendados que funcionó para el comercio entre la zona de la costa, San Rafael, Martínez de la Torre y Tlapacoyan con Teziutlán, Puebla y la capital de la república. Así que, decíamos, al comenzar los 1940s el tiempo de recorrido era de 24 horas de camino y más. En otra crónica anterior, que el autor de estas líneas tituló "Tres días de viaje para ver a Caruso", quedó constancia del viaje que, como dice el título mencionado, llevaba tres días para realizarse en 1919.

El tiempo se fue reduciendo. Al inaugurarse la carretera, en 1946, se redujo a ocho o diez horas, con los vehículos de aquella época.

Los chóferes de entonces deben de recordar que entonces era obligado detenerse a cenar antojitos en la fondita de Nina, en Zaragoza. Se encontraba uno con una mesa larga llena de tostaditas, piezas de pollo, manitas de cerdo, huevos cocidos, taquitos dorados de pollo y cierto tipo de sopes parecidos a las garnachas.

La carretera actual de Teziutlán a Tlapacoyan es esencialmente la misma de entonces, pero con ligeras remodelaciones que le han dado un mejor trazo. Los jóvenes actuales no saben, por ejemplo, de la "curva del millón", una curva, a mitad del trayecto entre estas poblaciones, que tuvo que ser reconstruida en varias ocasiones, porque se sumía, o se caía la parte del lado de la barranca y había que rellenar para volverla a dejar en condiciones de permitir el paso seguro de vehículos; por eso le pusieron "la curva del millón", por el costo elevado que tuvo (un millón de entonces era una enorme suma de dinero). A la fecha, hay un letrero que señala el lugar donde está la curva.

Hoy, hay además otra opción, tomar desde Tlapacoyan la carretera que va a Atzacan para de ahí dirigirse al libramiento que circunda Perote, que viene de Xalapa y tomar el rumbo hacia Puebla.

Lo que va de ayer a hoy

Las cosas son ahora, evidentemente, muy diferentes. Disponemos de magníficos, veloces, confortables y seguros vehículos de diversos tipos para viajar. Contamos con teléfonos móviles inteligentes, con internet; nuestras vías de comunicación, nuestra red de carreteras, ha crecido muchísimo. Eran contados entonces los que tenían la posibilidad de ir a estudiar y a trabajar a la capital, que era el paraíso, en ese sentido entonces. Hoy vamos y venimos con la mano en la cintura. En los cuarentas y todavía al comenzar los cincuenta, había que pensarlo dos veces.

Hace dos semanas, otros compañeros rotarios y el que esto escribe, estuvimos en el puerto de Veracruz para asistir a la Conferencia de la Amistad 2016, en la que nos encontramos con rotarios que venían de Estados Unidos, básicamente del estado de Phoenix, para revisar proyectos y acordar subvenciones. El Club Rotario de Tlapacoyan tuvo éxito en sus gestiones y le fueron aprobados dos proyectos de los que hablaremos ampliamente en otra crónica posterior, pero este comentario viene a colación porque tiene que ver con el tema que estamos tocando en esta crónica, concretamente la posibilidad de trasladarse rápidamente a cualquier población gracias a las vías de comunicación actuales. Hay excepciones que tenemos que considerar y avocarnos a su solución: Para ir a Veracruz contratamos a un amigo que vive en Pochotitán, Tlapacoyan, para que nos ayudara a montar el stand que íbamos a instalar durante la convención mencionada y me llamó la atención que, durante el trayecto, nuestro amigo me dijo

que sólo una vez, años atrás, había estado en la playa, en Casitas; él no llega a los cuarenta años de edad y conoció el mar a sus treinta, con todo y que nació, creció y vive a sesenta kilómetros de distancia. Nunca había viajado al puerto al que nos dirigíamos. No conoce Puebla y menos la Ciudad de México. Su apariencia es la de una persona bien informada que se viste como el común denominador en Tlapacoyan y en Martínez de la Torre, con pantalones de mezcilla y una camisa que se puede comprar en el mercado, calza zapatos también como cualquiera. Me dijo que había muchos otros en nuestras poblaciones que nunca habían salido hacia otro lugar, lo que yo sé perfectamente, pero no sospechaba que un amigo con el que hay trato cotidiano estuviera en esas condiciones.

Y aquí está el punto a desmenuzar, partiendo de cifras a nivel estatal:

Pobreza

Una persona se encuentra en situación de pobreza cuando tiene al menos una carencia social (en los seis indicadores de rezago educativo, acceso a servicios de salud, acceso a la seguridad social, calidad y espacios de la vivienda, servicios básicos en la vivienda y acceso a la alimentación) y su ingreso es insuficiente para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades alimentarias y no alimentarias.

Pobreza extrema

Una persona se encuentra en situación de pobreza extrema cuando tiene tres o más carencias, de seis posibles, dentro del Índice de Privación Social y que, además, se encuentra por debajo de la línea de bienestar mínimo. Las personas en esta situación disponen de un ingreso tan bajo que, aun si lo dedicasen por completo a la adquisición de alimentos, no podrían



El autobús de pasajeros de la línea ADO tenía su terminal dentro del parque, frente a lo que ahora es el restorán Las Acamayayas.



La calle Cinco de Mayo en los 1930s. Los automóviles que se ven al fondo eran los que circulaban entonces. El restorán Las Acamayayas, o el Hotel San Agustín, ni siquiera se habían erigido.



Panorámica de Martínez de la Torre de aquella época. Ni el libramiento, ni la vialidad de hoy existían.

adquirir los nutrientes necesarios para tener una vida sana.

El 60% de la población en nuestro estado vive en condiciones de pobreza y de estos, la tercera parte, el 20% del total, vive en pobreza extrema.

El estado de Veracruz cuenta con cerca de ocho millones y medio de habitantes y Tlapacoyan con sesenta mil, lo que significa que, basados exclusivamente en las estadísticas, aunque hay parámetros que empeoran la situación en nuestro municipio, doce mil personas viven en situación de pobreza extrema. Eso explica, aunque este mal sea tal vez el menor, que muchos de nuestros conciudadanos ni siquiera han tenido alguna vez en su vida la oportunidad de ir a la playa, tan sólo a conocer el mar y la mención partiendo de este punto de vista se hace porque es el tema central de esta crónica. Esto conlleva muchos males, muchas carencias de las que tenemos que estar conscientes para buscarles una salida. Hay que ayudar a nuestra gente a salir de la pobreza extrema, de la miseria. Esta tiene que ser nuestra meta prioritaria.



Los chalanes que permitían cruzar hacia Casitas, o hacia Tecolutla.